

Aunque ni el PNV ni la opinión pública le han ayudado

Suárez ha ganado la batalla de la comprensión

SAN SEBASTIAN (Carlos Dávila, enviado especial). En mal momento de las negociaciones ha tenido que cumplimentar Adolfo Suárez su encuentro con los medios informativos. Los niveles de disparidad en posturas enfrentadas han inducido al presidente a plantear una rueda de Prensa demasiado cauta, en la que no se ha atrevido, diplomáticamente, a marcar distancias con sus interlocutores de estos días pasados. Han sido, pues, unas manifestaciones escasas de contenido que no han desvelado ni uno solo de los puntos oscuros que enturbian todavía el proceso estatutario y la misma vida política del País Vasco. Suárez se ha mostrado generoso y complaciente con el PNV y lo ha hecho con la intención, quizá, de enviar un mensaje de comprensión que sirva para despojar de las últimas tensiones los contenciosos que subsisten en dos aspectos clave que se están tratando frenéticamente de resolver: la Policía autónoma y los conciertos económicos.

El presidente ha tenido, sin embargo, ocasiones concretas de ofrecer información específica sobre los avances en la lucha contra el terrorismo y ha contado también con más de una oportunidad, a mi juicio desperdiciada, para explicar los componentes que enmarcan y hacen muy poco inteligible el concierto económico del Estado con el País Vasco. Sin embargo Suárez, pienso que conscientemente, se ha quedado en la superficie. Ha insistido, sí, en que se opone radicalmente a la negociación con ETA, y ha dicho también que la única forma de conseguir la pacificación real del País Vasco es profundizar en la vía del desarrollo autonómico. Ni siquiera su mención expresa a la dimensión temporal, que es precisamente objetivar para acabar con la guerra terrorista, ha añadido un ápice de novedad al problema. Le ha quedado al presidente por analizar cómo y en qué medida la última actitud, ciertamente más beligerante del PNV y el cambio de mentalidad política que se está ojeando ver en algunos dirigentes de Euzkadi Euzkerra, como Mario Onaindia, pueden contribuir a conseguir el preciso aislamiento del fenómeno terrorista que se plantea como inicial bastión para su posterior derrota. Le ha faltado también, y al pronunciarse inequívoca, aunque prudentemente en contra de las medidas de gracia («no hay circunstancias ni motivaciones que permitan siquiera programarlas como hipótesis de trabajo»), detenerse en el análisis de la resolución del Parlamento vasco, resolución prácticamente inédita y desconocida en estos días que proclama, precisamente, la adecuación de tales medidas a la actual situación vasca. Recuérdese que la mayoría de este Parlamento, y mayoría no relativa, la ostenta precisamente el Partido Nacionalista Vasco. Por esto su proclama encendida: «vamos a

erradicar el terrorismo sin la menor duda» suena en este tiempo y en este ambiente más a una aspiración, quizá optimizada por los últimos y evidentes éxitos policiales, que a una posibilidad concreta de lograr el objetivo que se persigue. La repetición de esta frase, a mi juicio, no va a ayudar a que el país tranquilice su exasperación por el machaqueo constante de las organizaciones armadas.

«ENTENDER EL DESENTENDIMIENTO»

En los dos puntos en los que Suárez ha sido necesariamente más críptico ha sido el de Policía y el de conciertos. Las negociaciones prosiguen, aunque el miércoles, desde Vitoria, se lanzará un mensaje de nueva ruptura. Suárez, en el tema del Tráfico, clave para «entender el desentendimiento», ha asegurado ambigüamente que «espera que en corto plazo se solventen las discrepancias y pueda suscribirse un acuerdo». No obstante y a pesar del positivo protagonismo de Martín Villa en las negociaciones, no existen ahora mismo buenas noticias que ofrecer para este problema. Los vascos continúan insistiendo en su intención de exclusividad en el control de tránsito por las carreteras del territorio, mientras el Estado pretende lograr que sus fuerzas puedan actuar siempre y cuando las circunstancias lo aconsejen. En el fondo, los negociadores madrileños desconfían de que las Fuerzas de Seguridad autónomas se basten y sobren para evitar que los terroristas campen por sus respetos por los caminos rodados de estas tierras. Tal argumento, basado quizá en la razón, se opone, sin embargo, a la letra del Estatuto, concedido, firmado y aprobado, sin medir desde el Gobierno Central cuál sería, como está siendo, el auténtico alcance del articulado inscrito en él.

En el tema de los conciertos, cada día parece que más oscurecido por la complejidad, Suárez ha sido algo más explícito. Pero no lo suficiente. Ha asegurado que «se trata de un mandato constitucional y estatutario que hay que cumplir» y que «el retraso se debe a dificultades técnicas» y que, «en último caso, los conciertos una vez consensuados bilateralmente tendrán que pasar por el trámite de un proyecto de ley en las Cortes Españolas». Se le ha preguntado cómo habrá que explicar al resto de España el auténtico contenido de un régimen económico que es absolutamente diferencial. Y el presidente, sin entrar en consideraciones específicas, ha afirmado «que el Gobierno defenderá con cariño y firmeza unos conciertos que se deben por ley» y que «no cree que puedan existir denuncias de insolidaridad por parte de otras regiones», menos favorecidas con tratos preferenciales en las que, desde luego —esto hay que pensarlo de antemano—, se suscitarán celos y fundadas envidias». En directa relación con este tema Suárez ha contestado a una pregunta sobre la actualidad económica de esta comunidad autónoma. Hay que recordar a este respecto que el presidente se lleva a

Suárez: «Mi estancia en el País Vasco ha servido para establecer un nuevo factor de normalidad»

poniendo a otra cuestión, definir sustantivamente su viaje al País Vasco, aunque, naturalmente, ha negado que «hubiera resultado un fracaso». Ha insistido, desde luego, en que «no he venido aquí para llegar necesariamente a un acuerdo», también en que «deseo profundamente que la ley de Concier-tos pueda ser enviada cuanto antes al Parlamento» y, finalmente, «en que creo que mi estancia aquí ha servido para establecer un nuevo factor de normalidad al proceso autonómico». Esta afirmación es, según me parece, la más correcta de las pronunciadas por el presidente. Dejando a un lado los éxitos concretos, que no existen por ahora, se debe valorar positivamente este viaje de la distensión que puede haber servido, creo que ha sido así, para disipar algunos recelos, pero no todas las desconfianzas mutuas. Falta ahora que el Estado, según ha prometido públicamente el presidente, «se haga más presente en el País Vasco» y que exista en adelante una mayor y más cualificada sensibilidad para tratar a estos hombres y estas tierras que padecen, esto es indudable, de crónica incompreensión en el resto de España.

Poco más han dado de sí los cuarenta mi-

nutos de esta tercera conferencia de Prensa desde que Suárez decidió salir de su aislamiento palaciego. Es pronto para realizar con justeza un balance del viaje «de Estado y de Gobierno» que se ha cumplido —¡qué importante es entender esto para enjuiciar los resultados!— en condiciones poco propicias. Ni el PNV, al que Adolfo Suárez ha tratado con exquisita cordialidad en este contacto con los periodistas («he encontrado la máxima colaboración»), ni la opinión pública, ausente de la actualidad más comprometida, han ayudado a una estancia, traumatizada mínimamente por mil contratiempos cotidianos, que deben ser explicados en posteriores días. Desde el País Vasco ha marchado un Suárez afónico, que ha ganado la batalla de la comprensión, y algún «round» en la credibilidad, y ha perdido, ante los medios informativos, la de la claridad. Su política de no aumentar las tensiones es, en este preciso instante político, aceptable, pero su falta de concreción pública y, sobre todo, la escasa profundización en la problemática que está impidiendo el acuerdo no es buena terapia para infundir más confianza. Y ésta se precisa tanto, al menos, con la culminación pronta de unas conversaciones largas y densas que parecen no acabar por bagatelas semánticas o temores mutuos.